



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

# MEMORIAS EXILIADAS DE LA HISTORIA

*La Memoria de la melancolía*  
de María Teresa León

**Marina Roqué Paniagua**

Filosofía Política II, grup A2

Semestre de Primavera, 2020-2021

Sentada en esta tierra de nadie que es el destierro, veo a veces alrededor mío un charco de sangre. No puedo incorporar de nuevo a mis venas la que voy perdiendo. [...] ¿Y nuestra soledad? Es como si el agua se hubiera retirado de nuestras costas, llevándose cuanto nos pertenecía y ante nosotros quedase una extensión estéril de cantos rodados y conchillas rotas. Y ya no tenemos tiempo para que vuelva la marea... Cuando esto ocurra, cuando el mar sonoro y libre vuelva, nuestros ojos no estarán para ver el prodigio. ¡Dormiremos!

María Teresa León, *Memoria de la melancolía* (pág. 125)

## Introducción

Entre página y página de la Historia de España, puede aún escucharse un trémulo eco atrapado en el vacío del olvido; una tenue voz que susurra el tormento de aquellos interminables años en el exilio: «Sé que ya en el mundo apenas se nos oye. Siempre habrá quedado el eco, pues el único camino que no hemos hecho los desterrados de España es el de la resignación» (León, 2020, pág. 18). Si se afinan los oídos, puede oírse el nombre de la persona a quien pertenece ese ahogado grito de auxilio tras naufragar en el olvido: María Teresa León.

El testimonio de los *actores* del pasado es el ingrediente necesario para la elaboración de un unitario relato histórico. La Historia *objetualiza* la pluralidad de memorias con el fin de reconstruir una visión autorreflexiva del pasado (Traverso, 2007, pág. 21). Sin embargo, la elaboración de la Historia, situada en un *locus* presente, se halla en disposición de destacar unas memorias y eludir otras, en función de los intereses de las ideologías dominantes. Siendo así, cabe preguntarse de qué memorias nace la reciente Historia de España. El rescate de la memoria de la escritora María Teresa León evidenciará que «aún hay una historia de la guerra española viva por el mundo» (2020, pág. 63). En efecto, la Historia ha eludido el relato de quienes, tras *vivir* la Guerra Civil, tuvieron que exiliarse. «Da un poco de paz a nuestras almas el pensar que hizo hablar tanto la guerra española. Pero ¿y nuestro destierro? ¿Quién ha comentado nuestro destierro?» (2020, pág. 375). La Historia es un relato de voces, pero también de silencios: el exilio es un *silencio* de la Historia de España.

En el presente ensayo se mostrará por qué la memoria del exilio de María Teresa León (1903-1988) yace bajo la tierra del silenciamiento y deviene, por ende, *exiliada* de la Historia. Se defenderá, asimismo, la tesis según la cual la marginación de su testimonio es un caso de injusticia histórica que interpela nuestro presente, de modo que es un *deber* reescribir la Historia a fin de insertar en ella su memoria. En el primer apartado se constatará la debilidad memorística del exilio y se pondrá de manifiesto la necesidad de una mirada *anamnética* hacia el pasado, esto es, que reivindique los derechos de todas las víctimas silenciadas (Sánchez, 2007, pág. 125). En el segundo apartado, mediante el testimonio de León, será indicada la relevancia de la escritura autobiográfica en el exilio: su obra *Memoria de la melancolía* será el nexo entre su memoria y la Historia; a partir de su autobiografía podrá, entonces, cesarse la perpetuación de la violencia del olvido.

## 1. El exilio de la memoria<sup>1</sup>

Enzo Traverso, en *El pasado, instrucciones de uso* (2007), establece una intuitiva distinción entre memorias fuertes y memorias débiles: la fuerza de una memoria se halla en función del reconocimiento público y la presencia en instituciones oficiales (2007, pág. 48); si la *visibilidad* de un testimonio es nula, será considerada como *memoria débil*. La acción de encasillar una memoria en uno de los dos polos está sujeta a una multiplicidad de causas que, a su vez, no son inamovibles: una memoria débil puede devenir fuerte, y a la inversa. Partiendo de esta distinción, Traverso traza una relación directa entre memoria e historia:

Como memoria e Historia no están separadas por barreras insalvables, sino que interaccionan permanentemente, surge una relación privilegiada entre las «memorias fuertes» y la escritura de la Historia. Cuanto más fuerte es la memoria —en términos de reconocimiento público e institucional—, más el pasado de la que es vector deviene susceptible de ser explorado y elaborado como Historia (2007, pág. 55).

La memoria de los exiliados de la Guerra Civil sería, por consiguiente, débil, en tanto que la Historia ha eludido sus testimonios. Si bien, ciertamente, desde finales de la década de 1990 se ha optado por recuperar y *fortalecer* las memorias exiliadas (Traverso, 2007, pág. 46), sería inadmisibles negar que aún restan testimonios olvidados o insuficientemente recordados. En efecto, la paulatina recuperación del exilio republicano ha otorgado una innegable prioridad a los *exiliados*, frente a las mujeres exiliadas; más especialmente si se alude al caso de pensadoras y artistas. Cabe tomar en consideración, por ello, que la debilidad de la memoria de María Teresa León estriba en una doble condición: *exiliad-a*.

Ahora bien, ¿por qué el exilio *debilita* la memoria y ésta deviene, consiguientemente, *exiliada* de la Historia? Si el pasado es concebido desde la moderna óptica del progreso, la incesante producción de víctimas es el ineludible e imprescindible coste de la *realización* de la Historia (Sánchez, 2007, pág. 120). Puesto que el hecho de *aproximarse* a la meta histórica excusa y olvida la violencia de su *avance*, se deriva no sólo que la Historia reposa únicamente sobre la memoria de los vencedores, sino que, además, está exenta de posibles objeciones morales. La memoria de los exiliados, en consecuencia, quedaría soterrada bajo un sufrido silenciamiento forzado por la voz de las ideologías dominantes (véase [1]).

En las *Tesis sobre la filosofía de la historia* (1994), Walter Benjamin desvela e impugna la barbarie inscrita en la lógica del progreso y el sentido sacrificial de la Historia. Benjamin reclama la necesidad de una mirada *anamnética* hacia el pasado: buscar, entre

---

<sup>1</sup> Los títulos del primer y segundo apartado recogen el juego de palabras de: Sánchez, A. (2009).

las ruinas de la Historia, aquellos rostros sepultados e inmovilizados bajo cenizas, en cuyos labios aún pueden leerse súplicas y esperanzas truncadas; una mirada que no ansíe usurpar aquellos ruegos como botín de guerra, ni satisfacerlos acrónicamente o interpretarlos en vistas del presente, sino que *escuche* y asuma la fuerza interpeladora de esas voces (Sánchez, 2007, pág. 121; 2004, pág. 18). En oposición a aquella *única* voz vencedora que *lee* la Historia, debe apostarse por un relato histórico polifónico (Traverso, 2007, pág. 33), en cuyo interior se integre la diversa totalidad de memorias.

Recuperar la memoria de un exilio no consiste, entonces, en reintegrarla en la presunta linealidad de la Historia de la que fue expulsada (Sánchez, 2009, pág. 5). El enfoque anamnético señala que la mirada hacia el pasado no debe atender únicamente a la facticidad, sino también a los *no-hechos* (2009, pág. 4): todo exilio encierra en sí mismo indicios de la mutilación de aquella *otra vida* que *podría haber sido*. La rememoración de un exilio revela, así, un *pasado insatisfecho* o un *paraíso perdido* (véase [2]) que, rescatándolo de su estado *latente* en el que anhela ser reconocido, discute la idea de una continuidad histórica y denuncia las ausencias afónicas de la Historia (2009, págs. 5 y 7).

Cabe mencionar, finalmente, que el rescate de las voces exiliadas no sólo propone reconocer el dolor *pasado*, sino que presenta un potencial crítico que irrumpe en el presente, en tanto que remarca la vigencia de la violencia propia del exilio (Sánchez, 2004, pág. 19). Esta idea de *injusticia histórica* será desarrollada en apartados ulteriores, habiendo recogido, previamente, la memoria del exilio de María Teresa León.

## 2. La memoria del exilio

En la autobiografía de María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, publicada en 1970, quedan esbozadas las distintas formas de violencia que emanan del exilio republicano: tras la derrota en la Guerra Civil, exiliarse supone la experiencia de una ruptura espacio-temporal (Sánchez, 2014, pág. 56); además, con el fin de remediar la *parálisis* (véase [3]) del presente –bajo la forma de un *estado* presuntamente temporal–, el auxilio es hallado únicamente en una rememoración del pasado arraigado y en una incesante esperanza futura que, sin embargo, terminan ambas por desembocar en un olvido desamparado. Siendo así, como se detallará en los subsiguientes apartados, la escritura de una autobiografía permite a León combatir la condición de exiliada: escribir, su «enfermedad incurable» (León, 2020, pág. 18), es también el antídoto contra su desasosiego. Es más, desde *su* presente, a través de la autobiografía, podrá trazarse una línea hasta *nuestro* presente, para detener la perpetuación del olvido.

Si el exilio, durante su vigencia, es una vivencia situada al margen de la Historia, no es de extrañar que, precisamente porque *su* realidad es una *soledad* carente de *definición* objetiva (Sánchez, 2009, pág. 5), la memoria del exilio esté engarzada en un *ensimismamiento*: la autobiografía de León está colmada de intentos de definir, significar y reconstruir el *yo* que quedó desprendido en las rupturas del exilio; un *yo* que, como se verá, es un *nosotros*. En este sentido, puede afirmarse que *Memoria de la melancolía* se escribe desde la nostalgia –bien queda expreso en el título–, que emana de la *ausencia* tanto de su patria, de su gente, como de sí misma (Hadzelek, 1998, pág. 316).

La autobiografía de León opera, frente a la imperante amenaza del olvido –institucional y personal–, como un emergente rescate de recuerdos (Siles, 2003, pág. 90): «Siempre, siempre tenemos algo que rescatar los seres mortales, aunque no sea más que los recuerdos» (León, 2020, pág. 58). Si bien la temporalidad de las vivencias podría asemejarse al curso ordenado de un río, no obstante, la recuperación de sus recuerdos, antes de desembocar en el lago autobiográfico, cae por la catarata de la melancólica, alterándose, así, el orden cronológico de sus vivencias: lejos de ser un relato lineal, *Memoria de la melancolía* es más bien un relato de rupturas y saltos entre distintos yoes que quedaron disgregados en espacio-tiempos diferentes; su autobiografía es, en efecto, el relato de una sensación: la melancolía. Esta confesada «confusión de recuerdos» (2020, pág. 18) evidencia que la autobiografía se escribe desde un presente que, pese a cuestionar la fiabilidad de sus recuerdos, señala asimismo el relieve de las condiciones en que se escribe, a saber, el auge de nostalgia y la naciente desesperanza tras tres décadas de exilio.

## 2.1. La escritura contra el dolor

Desplazarse entre las desordenadas páginas de *Memoria de la melancolía* es, quizá, una apropiada ejemplificación de los límites y rupturas provocadas por el exilio. La elaboración autobiográfica, sea *relatando* o *mostrando*, deja al descubierto la discontinuidad de la vivencia de un exilio (Inestrillas, 2002, pág. 3): «Estoy como separada, mirándome. No encuentro la fórmula para dialogar ni para unirme» (León, 2020, pág. 30). La autobiografía es una *mirada al pasado* desde un presente que, en el caso de María Teresa León, está inmovilizado:

[...] cuando se me despeja el cielo o me abren la ventana, siento que me empujan hacia adelante, hacia la pena, hacia la muerte. Entonces prefiero ir hacia lo que fue y hablo, hablo con el poco sentido del recuerdo, con las fallas, las caídas, los tropiezos inevitables del espejo de la memoria (2020, pág. 31).

Las fracturas traumáticas provocadas por el exilio únicamente pueden solventarse desde *su* presente: mediante la memoria, ayudada por la *libre* usabilidad de la imaginación, puede trazarse una linealidad de recuerdos que remedie las roturas del exilio y que colme de vivencias las lagunas temporales. La escritura autobiográfica, posibilita, entonces, *re-crear* el yo distanciado de sí misma (Inestrillas, 2002, pág. 24); permite reconciliarse con la *alteridad* que quedó olvidada en España (Sánchez, 2014, pág. 60). Escribir, además, es una forma de «acudir al cuidado de los recuerdos» (León, 2020, pág. 390), especialmente para quien no puede detener la escritura «porque es una respiración sin la cual sería capaz de morirme. No establezco diferencias entre vivir y escribir» (2020, pág. 347).

Los recuerdos, carentes de piedad, «te arrastran otra vez hacia el lugar donde fuiste testigo, por ejemplo, de las explosiones y de los incendios» (2020, pág. 75). León escribe su participación en la Guerra Civil apasionada por compartir su vívida mirada, frente a la escasa y neutra –si no injusta– *verdad* de la Historia (véase [4]). A través de su relato, María Teresa León ofrece unos ojos con los que caminar entre los escombros y las penurias de la Guerra Civil (véase [5, 6]). Su mirada, no obstante, no se agota en el cuadro de la tristeza: entre sus palabras también se esconde la sonoridad de las canciones, los cuentos y las bromas en las que se refugiaban del ruido estremecedor de los bombardeos (véase [7, 8]).

En *Memoria de la Melancolía* puede leerse parte de la relevante labor de María Teresa León en la Guerra Civil, siempre entrelazada con el arte: desde la Alianza de Intelectuales Antifascistas, de la que León formaba parte activamente (véase [iii]), se habían propuesto *combatir el fascismo en todas sus formas* (véase [B]); una de ellas, la cultura. En efecto, tras los años republicanos donde «la gente que había decidido “mejor que no sepan leer” estaba muda» (2020, pág. 135), debía evitarse que *aquella gente* tuviera nuevamente

potestad. De aquí deriva la insistencia de León en el *Aprendizaje urgente*: «Es urgente aprender a leer. [...] Hay que afrontar así a los que aún piensas que la palabra escrita debe mirarse con desconfianza» (2020, pág. 215) (véase [9, 10]).

La literatura, en el período bélico, acentuó su capacidad como instrumento político (Martínez, 2003, pág. 130). En el periódico *El Mono Azul*, activo entre los años 1926-1939 (Arniz, 2003, pág. 183), y cuya mayor responsable era León (véase [A]), fueron publicados artículos de multiplicidad de escritores, así como noticias en las que se evidenciaba la diligencia de León (véase [C, D]), sobre todo en referencia al *Teatro de guerrillas* y la Defensa de la Cultura (véase [i]). Asimismo, cabe mencionar su labor en la Junta de Protección del Tesoro Artístico (véase [ii]), cuyo objetivo era salvaguardar las obras de arte de los museos frente a los bombardeos fascistas: una guerra *crea* Historia, pero también puede *destruirla*.

«¿El recuerdo último de mis últimos pasos en Madrid? No, no, eso no» (León, 2020, pág. 43) (véase [11]). Esos días en que aún la esperanza podía *lucharse* fueron molidos por un desarraigo del país, y de la *vida*. Los *últimos pasos* en España quedaron soterrados por «los pasos de la angustia» que se acercaban «a una soledad compartida que se llama destierro» (2020, pág. 408). La autobiografía, escrita desde el *no-suelo* del exilio, posibilita no sólo desahogar el dolor del yo desarraigado (véase [12]), sino también paliar el ardiente anhelo que persiste tras treinta años exiliada: la necesidad de una patria (véase [13, 14, 15]).

El único consuelo reside en «decir: mi patria son mis amigos. Y no me equivoco jamás» (2020, pág. 331). Queda expreso en qué forma la pertinencia al grupo, frente a un hecho negativo, se refuerza (Páez, 1993, pág. 28): el yo desarraigado está inmerso en un colectivo, a saber, *los desterrados*. No es de extrañar, por ende, que en *Memoria de la melancolía* apenas asome el yo: es la reconstrucción de un *nosotros*; es el relato de la débil memoria de los exiliados (véase [16, 17, 18]). Conviene aclarar, sin embargo, que León no desea *hablar en nombre de*, al contrario, su autobiografía pretende servir de estímulo para ensanchar dicha memoria colectiva: «Sí, desterrados de España, contad, contad lo que nunca dijeron los periódicos, decid vuestras angustias y lo horrorosa que fue la suerte que os echaron encima» (León, 2020, pág. 324). ¿Y por qué esta necesidad de *contar*? Porque la escritura, precisamente, irrumpe contra la condición de saberse olvidados.

## 2.2. La escritura contra el olvido

«Nos sabíamos expulsados de algo más que de España» (León, 2020, pág. 319). Desarraigados del país y de la Historia, los exiliados, sin patria y sin voz, se enfrentaron



a otra forma más de violencia: el olvido. La dictadura franquista, en efecto, consiguió aniquilar cualquier rastro memorístico de aquella *España que no pudo ser*. Su voz, empero, no era solamente ignorada por el *silencio forzado* ejercido por el régimen franquista, antes bien, la indiferencia era internacionalmente generalizada:

Hubiéramos querido escupir sangre a la cara del que nos estaba contestando: “Las cuestiones de España no interesan, señora”. [...] yo repetía siempre: ahora no son episodios nacionales los que hay que escribir, porque son internacionales, porque el mundo entero participará en el horror que se está avecinando (2020, págs. 310-311).

Aun así, la *resiliencia* literaria de León no sucumbió al *re-silenciamiento*. ¿Qué otro refugio había, si no la memoria, cuando faltaba un futuro al que aspirar? Las obras literarias que escribió en el destierro encierran una reflexión o una recuperación de la memoria, enfocadas siempre a *rebelarse* contra el injusto olvido de *su* España (Salvat, 2003, pág. 242). Este impulso culmina en *Memoria de la melancolía*: escribir su testimonio es, sin duda, *rehuir* del silencio forzado; es evitar que se pierda *su* verdad, cuestionando, a su vez, la Historia escrita a manos del franquismo. Resulta evidente, por tanto, que su autobiografía priorice el ámbito público al privado: elabora, así, un relato con valor potencial para la reescritura de la Historia (Inestrillas, 2002, pág. 96).

En este sentido, cabe señalar que las páginas de *Memoria de la melancolía* están atravesadas por la máxima «que recuerden los que olvidaron» (León, 2020, pág. 324) (véase [19]). Escribir es el minucioso intento de eternizar el recuerdo de acontecimientos, lugares, sensaciones y personas que no deben ser olvidadas: colma su obra de nombres propios –conocidos o anónimos– porque intuye que, contra la *nada* que es el olvido, un nombre escrito en un libro puede significarlo *todo* (Ventura, 2003, pág. 288): «Sigo escribiendo sobre los muertos. Memoria para el olvido» (León, 2020, pág. 404). León escribe con la mirada enfocada al futuro; y el futuro, en gran parte, son los lectores: su obra impela al lector a vivificar cada nombre; a reconstruir, desde sus palabras, la Historia.

### 2.3. La lectura contra la injusticia histórica

Sin embargo, ¿qué lectores? La condición de exiliada de León transmuta, también, en un destierro literario. Escasamente es leída su obra: en el transcurso de su vida, choca repetidamente con que *las cuestiones de España no interesan, señora*. Y, cuando aquellas *cuestiones* tendrían que haber interesado, es decir, en la Transición democrática y su retorno del exilio en 1977, no obstante, aquel *silencio forzado* de la dictadura devino en un *silencio pactado*: el fin del régimen franquista, pensado en términos de progreso, implicó dejar marginado el pasado, puesto que el presente tenía la mirada fijada en el

porvenir (Sánchez, 2009, pág. 7). El olvido marcó, así, el *no-retorno* de León: ni ella, afligida por el Alzheimer, ni su voz, olvidada por su país, hallaron alivio en el recuerdo.

El pacto de silencio de la Transición, en cuyos residuos aún se sostiene la Historia, perpetua hasta la actualidad la violencia del exilio en forma de olvido (Caudet, 2003, pág. 173). Desde una perspectiva anamnética, la recuperación memorística del exilio incide en la política en tanto revela que hay derechos pendientes de ser realizados, de modo que las injusticias cometidas en el pasado poseen cierta vigencia (Sánchez, 2007, pág. 122). En otras palabras: no afrontar la perpetuación de dicha violencia sostiene *determinadas* implicaciones políticas.

Es requerido mencionar que, en la recuperación de la débil memoria de María Teresa León, el enfoque no debe ser consecuencialista, sino deontológico: no se trata de rememorar su testimonio *únicamente* con el objetivo de evitar la repetición de los catastróficos acontecimientos que vivió, sino que, primordialmente, es un deber rescatar su memoria e insertarla en la Historia, a fin de romper la perpetuación de la violencia que sufrió incluso más allá de su vida.

La autobiografía de León no es una mera *constancia* de los hechos, sino que entre sus páginas persiste la esperanza de que sus futuros lectores *revivan* la experiencia, la padezcan y la entiendan (Martínez, 1998, pág. 327) (véase [20]); es insuficiente conocer el contexto: debe ser *vivido* a través de sus palabras. En este sentido, la escritura en primera persona del singular y del plural ofrece quizá una mayor posibilidad de conservar íntegramente el potencial incidente de sus reclamos. Siendo así, desde el presente de su autobiografía puede esbozarse una línea hasta nuestro presente para solventar la vigencia de las injusticias. En efecto, *Memoria de la melancolía* es una lectura contra la injusticia histórica: es *vivir* las ausencias de la Historia.

A modo de conclusión, una mirada anamnética hacia el pasado permite el hallazgo de aquellas voces, como la de María Teresa León, que quedaron sepultadas bajo las ruinas de una Historia narrada con la voz de las ideologías dominantes y pensada desde la perspectiva del progreso. Con el fin de remediar las injusticias históricas, debe apostarse por un relato polifónico: hacer justicia es otorgar a los exiliados y a las exiliadas un lugar en la Historia de España que sólo puede derivar del *fortalecimiento* de sus memorias.

## Conclusión

En este ensayo se ha argumentado que la Historia elabora el pasado reciente de España eludiendo las memorias del exilio, y más concretamente de las mujeres exiliadas como la escritora María Teresa León. La recuperación de una memoria silenciada, desde un punto de vista anamnético, cuestiona el *continuum* de la Historia que deriva de ser pensada en términos de progreso: en efecto, se evidencia que aún restan derechos pendientes de ser realizados, de modo que la violencia presente en la condición del exilio todavía es perpetuada. Con la finalidad de hacer frente a las injusticias históricas, debe reelaborarse la Historia incluyendo en ella la pluralidad de las memorias: si bien quizá sea materialmente inabarcable recuperar cada una de las memorias débiles, no obstante, debe *tenderse a ello*; por el contrario, se estaría siendo partícipe de la barbarie arraigada en una Historia injusta.

La obra autobiográfica de María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, escrita desde una rememoración nostálgica del pasado y desde una esperanza vestida de desconsuelo, es el relato de las distintas formas de violencia que se desprenden del exilio republicano tras la Guerra Civil. La escritura de una autobiografía ofrece a León la posibilidad de combatir su condición de exiliada: en primer lugar, las rupturas espaciotemporales del exilio son remediadas con la reconstrucción de su vida mediante recuerdos y, a su vez, recomponiendo el yo que quedó desprendido en España; en segundo lugar, la perennidad de las palabras escritas permite testimoniar *su* verdad, que es también la verdad de «nosotros, los del paraíso perdido» (León, 2020, pág. 45), y no ceder, así, ante la intimidación del olvido; finalmente, la lectura de su autobiografía permite detener la injusticia histórica en tanto que *revivimos* las ausencias afónicas de la Historia.

La recuperación de la memoria del exilio de María Teresa León, en suma, consiste no sólo en seguir el imperativo de evitar que se repita la brutalidad de dichos acontecimientos históricos, sino, sobre todo, que dicha brutalidad deje de tener vigencia. Desde nuestro presente se debe, entonces, dar respuesta a su angustia: «En esta poco arrulladora vida, ¿volarán las hojas de mi recuerdo hasta que alguien las aplaste por inútiles?» (2020, pág. 315). No, María Teresa León, las hojas de tus recuerdos quedarán recogidas entre las páginas de las obras que progresivamente se reeditarán en España; serán leídas, tus palabras, serán revividas: en la estantería de la Historia hay un lugar que, iluminado, será ocupado por tu nombre y tu memoria.

## Autoinforme de aprendizaje

Entrecruzar miradas con una desconocida que, pese a que podría haber pasado desapercibida en una calle hundida por el peso de la multitud, no obstante, hace suya mi mirada, la cautiva y la aprisiona; es así el comienzo de este ensayo. ¿Qué tenían aquellos ojos para conseguir esclavizarme en la necesidad de conocer qué se esconde detrás de su mirada? ¿Qué tenían aquellos ojos para conseguir, en un solo instante, voltear la totalidad de mi vida? En los ojos de María Teresa León, sin saber muy bien por qué, estaba escrito el destino de mi investigación: escuchar atentamente el eco de aquellos gritos que deambulaban perdidos entre las épocas reclamando unos ojos que no rehuyeran su mirada, al contrario, que le devolvieran, por medio del recuerdo, la vida.

Cuando los tiempos son convulsos, resulta impagable mi deuda con la pasión: es la única constancia a la que agarrarse para no caer en el olvido de una misma. Puedo ver, desde la atalaya de mi memoria, que el nombre «María Teresa León», envuelto de entusiasmo, atraviesa cada día de estos últimos meses. ¡Con qué facilidad sus palabras inciden en mi vida! Y ¡con qué facilidad hace nacer, en mí, la necesidad de hacerle justicia! Cada palabra de *Memoria de la melancolía* reclama vida: ¿qué puedo hacer, yo, si no acercar el libro a mi corazón, con la ridícula esperanza de que los latidos franqueen la piel y revivan sus palabras? Quisiera pensar que, pese a vivir en el olvido, León, en algún momento, supo que sus obras trascenderían; que cambiarían la vida de, al menos, una persona; que harían brotar efusivamente los dos imperativos que articularon su vida: primero, no permitir que ningún nombre sea abandonado en la eterna violencia del olvido; segundo, no permitir que vuelva a vencer el fascismo que tanto dolor irreparable causó.

Después de leer sus palabras, las mías resultan insuficientes; sólo puedo decir: leedla, vividla y recordadla, a ella, a María Teresa León.

## Bibliografía

Arniz, F. (2003). María Teresa León, entre el olvido y la memoria. Incluido en: Santonja, G. (coord.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, págs. 69-78.

Benjamin, W. (1994). Tesis sobre filosofía de la historia. In *Discursos interrumpidos I* (págs. 177-191). Madrid: Taurus.

Caudet, F. (2003). “Aquel susurrar de la memoria...”. Incluido en: Santonja, G. (coord.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, págs. 167-173.

Hadzelek, A. (1998). ¿Por qué la autobiografía? El exilio en la autobiografía o la búsqueda de la identidad perdida. Incluido en: Aznar, M. (ed. lit.), *El exilio literario español de 1939: Actas del Primer Congreso Internacional*, Vol. 1, págs. 309-316.

Inestrillas, M<sup>a</sup>. M. (2002). *Exilio, memoria y autorrepresentación: la escritura autobiográfica de María Zambrano, María Teresa León y Rosa Chacel*. Disertación. Athens: Universidad de Ohio.

León, M<sup>a</sup>. T. (2020). *Memoria de la melancolía*. (1<sup>a</sup> ed.). Editorial Renacimiento.

Martínez, J. (1998). Hegemonía intelectual, exilio y continuidad histórica. Incluido dentro de: Aznar, M. (ed. lit.), *El exilio literario español de 1939: Actas del Primer Congreso Internacional*, Vol. 1, págs. 325-332.

Martínez, L. (2003). La coherencia de una soñadora. Incluido en: Santonja, G. (coord.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, págs. 129-136.

Salvat, R. (2003). Conferencia sin título. Incluido en: Santonja, G. (coord.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, págs. 229-244.

Sánchez Cuervo, A. (2004). Exilio español y razón anamnética. Tres esbozos. *Migraciones & Exilios: Cuadernos de la Asociación para el estudio de los exilios y migraciones ibéricos contemporáneos*, N<sup>o</sup>. 5, págs. 15-24.

Sánchez Cuervo, A. (2007). El discurso de la igualdad ante los imperativos de la memoria. *Bajo palabra. Revista de filosofía*, N<sup>o</sup> 2, págs. 119-129.

Sánchez Cuervo, A. (2009). Memoria del exilio y exilio de la memoria. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, N<sup>o</sup> 735, págs. 3-11.

Sánchez Cuervo, A. (2014). El exilio de María Zambrano y la política oculta. *Aurora: papeles del Seminario María Zambrano*, N<sup>o</sup> 15, págs. 56-62.

Siles, J. (2003). Memoria de la melancolía: el yo como instancia de discurso; el yo como materia de relato. Incluido en: Santonja, G. (coord.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, págs. 129-136.

Traverso, E. (2007). *El pasado, instrucciones de uso: Historia, memoria i política*. Trad.: González, A. Editorial Marcial Pons.

Ventura, L. (2003). María Teresa León: de la subjetividad a la ética de nombrar a los desterrados. Incluido en: Santonja, G. (coord.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, págs. 283-293.

## Documentos gráficos

Figura 0 (portada). Retrato de María Teresa León [fotografía]. (s. f.). Fundación Federico García Lorca. Recuperado el 29 de marzo de 2021 [\[link\]](#).

Figura 1. Recorte de la lista de responsables de *El Mono Azul* [diario]. (24/09/1936). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [\[link\]](#).

Figura 2. Recorte del texto en defensa de la cultura en *El Mono Azul* [diario]. (1/1/1936). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [\[link\]](#).

Figura 3. Recorte de imágenes de María Teresa León en *El Mono Azul* [diario]. (9/12/1937). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [\[link\]](#).

Figura 4. Recorte de un artículo de María Teresa León en *El Mono Azul* [diario]. (14/10/1937). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [\[link\]](#).

Figura 5. Imagen de María Teresa León en el II Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura [fotografía]. (11/07/1937). Arxiu Nacional de Catalunya. Recuperado el 31 de marzo de 2021 [\[link\]](#).

Figura 6. Imagen de la Propaganda Cultural de la Junta Central del Tesoro Artístico [texto impreso]. (1937). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 31 de marzo de 2021 [\[link\]](#).

Figura 7. Imagen de María Teresa León en la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas [fotografía]. (s.f.). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 31 de marzo de 2021 [\[link\]](#).

## **Anexo I: fragmentos de *Memoria de la melancolía***

[1] «Yo sé que se han escrito muchos libros sobre los años irreconciliables de España. La guerra dejó su historia cruda y descarnada. Las batallas se cuentan ya fríamente e igual sucede con las diferencias políticas. Se han evitado las palabras tristes en los libros para dejar las heroicas. No sé si esta sequedad la encontraréis justa. Yo me siento aún colmada de angustia». (págs. 17 y 18)

[2] «Yo creo que nos hemos llevado la ley que hace al hombre vivir en común, la ley de la vida diaria, hermosa verdad transitoria. Nos la llevamos sin saberlo, prendida en los trajes, en los hombros, entre los dedos de las manos... Somos hombres y mujeres obedientes a otra ley y a otra justicia que nada tenemos que ver con lo que vino y se enseñoreó de nuestro solar, de nuestros ríos, de nuestra tierra, de nuestras ciudades. / No sé si se dan cuenta los que quedaron por allá, o nacieron después, de quiénes somos los desterrados de España. Nosotros somos ellos, lo que ellos serán cuando se restablezca la verdad de la libertad. Nosotros somos la aurora que están esperando. [...] Nosotros, los del paraíso perdido. [...] Nada tenemos que ver nosotros con las imágenes que nos muestran de España ni el cuento nuevo que nos cuentan. Podéis quedaros con todo lo que pusisteis encima. Nosotros somos los desterrados de España, los que buscamos la sombra, la silueta, el ruido de los pasos del silencio, las voces perdidas. [...] Dejadnos las ruinas. Debemos comenzar desde las ruinas. Llegaremos. Regresaremos con la ley, os enseñaremos las palabras enterradas bajo los edificios demasiado grandes de las ciudades que ya no son las nuestras. Nuestro paraíso, el que defendimos, está debajo de las apariencias actuales. También es vuestro. ¿No sentís, jóvenes sin éxodo y sin llanto, que tenemos que partir de las ruinas, de las casas volcadas y los campos ardiendo para levantar nuestra ciudad fraternal de la nueva ley?». (págs. 45 y 46)

[3] «Es como si yo no perteneciese a ese país del que leo los periódicos y, sin embargo, no han variado ni el papel ni, seguramente, los lectores. Siento todo fuera de mí, arrancado, como si hubiera sido un sueño puesto sobre la mesa, impreso en hojas. [...] Estoy como separada, mirándome. No encuentro la fórmula para dialogar ni para unirme. Una muchacha se me aleja. ¿Sabe adónde va? Siento angustia. He sentido muchas veces angustia al mirar, sentados junto a mí, a seres que dicen son mi gente y no los reconozco. Bien quisiera reencontrarlos, recibirlos como si fueran los miembros que me faltan para agarrar la vida, pero no puedo, se resbalan hacia lo que ellos conocen y yo no, tan distinto es todo de lo que a mí me dejaron las horas de la vida. Me encuentro como paralizada. Mi parálisis se comenta, se critica y hasta se canta. / Es que es la de tantos... Doy un golpe seco sobre mi corazón y todo enmudece. Entonces no sé si es la mano o el corazón lo que me duele o si los que me miran se ríen al comprender lo que yo no comprendo de

mí misma. Han pasado gentes, ríos, tiempos, mares, lluvias y soles sobre mí». (págs. 30 y 31)

[4] «Lo cierto es que todo lo que estoy escribiendo no tiene ni deseo de perfección ni de verdad. Lo que yo vi es el jardín cerrado de lo que yo sentí. A veces me da vergüenza no decir nada mejor o más, no gritar con rabia porque la ira se me quita como si de pronto la lluvia me lavase los recuerdos o alguien me dijera: ¿Para que la venganza? [...] Habréis de perdonarme, en los capítulos que hablo de la guerra y del destierro de los españoles, la reiteración de las palabras tristes. Sí, tal vez sean el síntoma de mi incapacidad como historiador. Pero no puedo disfrazarme. Ahí dejo únicamente mi participación en los hechos, lo que vi, lo que sentí, lo que oí, todo pasado por una confusión de recuerdos». (págs. 17 y 18)

[5] «Calle a calle, sobre un montón de casas rotas, se paseó la muerte. Abrieron el vientre de mi calle las bombas. La oigo llorar aún con sus cientos de ventanas golpeándose en sus quicios durante toda la noche. Recuerdo como primer elemento el agua que lo encharca todo y el olor, un olor a alquitrán, a humo, a polvo, a ilusiones molidas... [...] Ventanas, balcones, persianas parecen párpados trémulos. Los muros resisten, pero las ventanas parpadean. A veces, como si el pecho de un edificio se dilatase para respirar, vuelan los balcones. El bombardeo de cañón aturde como si millones de manos aplaudiesen o abofeteasen o injuriasen o se riesen de ti o te escupiesen... y tú, sin poder hacer otra cosa que temblar. No importa que las casas sean altas, pues todas se ladean o agrietan o se desmigán como pan. La vida doméstica queda al aire. Se produce una desnudez fea y despiadada que ninguna mano piadosa cubre hasta que llega la paz». (págs. 259 y 260)

[6] «Entramos en un patio. Al principio no me di cuenta, pero estaba cubierto de muertos. Seguía fuera la batalla y allá, junto a mis pies, la muerte. Toda la alegría que había recorrido mis venas al correr junto a los milicianos se ensombreció. Me detuve para respirar. Vi junto a los muertos, caída y olvidada, una muñeca. Me incliné a recogerla. ¿Cuándo la perdieron las manos de la niña? Luego allá dentro hay niños, pensé confusamente avergonzada: ¿En qué barbarie nos habíamos envuelto? Levanté la muñeca y la colgué en mi cinturón». (pág. 244)

[7] «Y cantábamos. ¿Verdad, amigos de entonces? Cantábamos para sacudirnos el miedo. [...] Nadie se figurará nunca el miedo que sentíamos al escribirlas [las canciones] sobre las mesas de un café cualquiera, refugiados mientras nos bombardeaban... Caían impunemente bombas sobre Madrid y nuestro refugio era cantar. [...] Y nos queríamos. Cuánto amor a los otros hombres da el destino común de la muerte». (pág. 61)



[8] «Aprovechábamos estas canciones bruscas, estas bromas para encontrarle la vuelta a la vida, para agarrar la esperanza, para olvidar las penas con la sonrisa que puede estar presente hasta en la muerte. ¿Y los cuentos y los cantos? El humor subía sus grados». (pág. 223)

[9] «Pasaban, pasaban por la Alianza de Intelectuales gentes e ideas. Todos traían algo que el tableteo de las ametralladoras y la explosión de las bombas no podía interrumpir. Salían consignas para el futuro. Leer. Es urgente aprender a leer. “Aprendizaje urgente”. Hay que borrar el bochorno del analfabetismo español. Hay que afrentar así a los que aún piensas que la palabra escrita debe mirarse con desconfianza». (pág. 215)

[10] «Su respuesta me dejó sin respiro: Yo no sé leer ni escribir. ¡Ni leer ni escribir! ¿Cómo podíamos exigirles que comprendiesen lo que estaba ocurriendo en España? ¿Es que teníamos derecho a pedirles a unos que no disparasen contra las fuerzas republicanas que venían a liberar la isla del fascismo, y a los liberadores, que respetasen las obras de arte, si ellos no habían oído esa palabra en su vida? / ¿Arte? ¿Teníamos derecho a enfrentarlos con una palabra que no habían oído nunca? ¿Cómo hablar en nombre de la cultura si los habíamos dejado sin cultura?». (pág. 210)

[11] «Sí, llegaban del miedo. Eran los derrotados. Les habían marcado con hierro al rojo como a las ovejas del rebaño. Gente marcada. [...] ¿El recuerdo último de mis últimos pasos en Madrid? No, no, eso no. Aún las consignas atravesaban de lado a lado los muros. ¡NO PASARÁN! Aún los carteles seguían pegados, vivos aún sus gritos. [...] Todo aquello dentro de mí, quieto, inmóvil, grabado viejo de valor y majeza, había sido nuestra angustia. Y nuestra victoria. Una victoria sobre nosotros mismos, sobre nuestro miedo, nuestra angustia diaria. Los días más luminosos de la vida fueron aquellos tres años de ojos brillantes, cuando la palabra camarada sustituyó al señor y la vida generosamente dada sustituyó a la mezquina». (pág. 43 y 44)

[12] «Estoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del emigrado. ¿Qué tenemos nosotros que ver con los cementerios de los países donde vivimos? Habría que hacer tantas presentaciones de los otros muertos, que no acabaríamos nunca. Estoy cansada de hilarme hacia la muerte. Y sin embargo, ¿tenemos derecho a morir sin concluir la historia que empezamos?». (pág. 45)

[13] «Una patria, Señor, una patria pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido. Una patria para reemplazar a la que me arrancaron del alma de un solo tirón. Si eso sucediese, mis ojos llorarían como recién nacidos el llanto más cálido que los ojos humanos pueden proporcionar». (pág. 29)

[14] «La palabra libertad y sus derivados pueden y deben suprimirse de los diccionarios españoles para no dar ilusiones. ¡Treinta años segando ilusiones!». (pág. 403)

[15] «Vuelas, vuelas bien, memoria, memoria de la melancolía. [...] Un otoño más... Basta, no quiero números, no he sabido jamás qué debo hacer con ellos. Dirán las hojas que me faltan manos para agarrar mi verdadera vida o dientes para morderla». (pág. 314)

[16] «Desde el destierro hubo años y años que de España no veíamos más que las cárceles. Los desterrados no creen nunca que su puesto en el país nuevo es definitivo. Hay una interinidad presidiendo todos los actos de su vida. Por eso no comprábamos muebles. Para qué, si pronto regresaríamos a España. Y hay una entrega casi infantil a la alegría de combatir nuestro remordimiento de habernos salvado mientras los otros... Nos reconstruíamos con fatiga. Sentíamos el aliento corto. Teníamos miedo de no dar bastante para merecer aquel trozo de descanso. [...] ¡Cuántos de ellos se nos van muriendo! Casi no nos atrevemos a preguntar por los amigos». (págs. 376, 377 y 378)

[17] «No podíamos dormir. Nos parecía que traicionábamos con nuestra suerte de respirar aún a tantos compañeros hundidos en la sombra de las cárceles. ¡Cuántos cientos de miles de muertos! ¡Cuántas fuerzas perdidas! ¡Cuánto dolor inútil! Y nunca una palabra de piedad dicha por nadie...». (págs. 313 y 314)

[18] «¿Cuántas tumbas hemos ido dejando por el mundo en estos casi treinta años de vida desterrada que vivimos los españoles? Gentes de España sembradas al voleo de la desdicha, muertos nunca vencidos que nos aprietan el corazón, angustia que nos desvela al no conocer bien qué tierra acogió su muerte. / ¡Cuántos, cuántos, y cada día un nombre más, España madre de todos nosotros, cada vez un nombre que añadir a los que no podemos dejar sobre tu suelo!». (págs. 72 y 73)

[19] «Sí, hay que contar y recontar la historia para que los que la escuchen sepan el precio que costó ese trozo de Historia inacabada aún en un momento de España. [...] Y es que el final de nuestra guerra fue el horror de lo implacable. Recuerden. [...] Pensad en los miles y miles de seres que se acercaron en Alicante hasta la orilla del mar convencidos de que no iban a ser abandonados por los países democráticos, convencidos de que llegarían los barcos que no llegaron nunca. Pensad en los suicidios de la desesperación». (págs. 309 y 310)

[20] «Los hijos no nos han dicho aún: Dejados de vuestras historias viejas. No, buscan hundir su mano en ellas, en esa sangre derramada para encontrarse por qué los han extraviado, los han dejado sin historia, tutelados por ideas derrotadas, sin voto y sin voz. Por eso nos preguntan: Madre, ¿cómo fue aquello? Y nosotros parpadeamos un poco antes de responderles: Hijos, fue una luz». (págs. 293 y 294)

## Anexo II: recortes del diario *El Mono Azul*

[A] **Figura 1.** Recorte de la lista de responsables de *El Mono Azul* (Nº 5) [diario]. (24/09/1936). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [\[link\]](#).



[B] **Figura 2.** Recorte del texto en defensa de la cultura en *El Mono Azul* [diario]. (1/1/1936). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [\[link\]](#).





**[C] Figura 3.** Recorte de imágenes de María Teresa León en *El Mono Azul* (Nº 44) [diario]. (9/12/1937). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [link].



[D] **Figura 4.** Recorte de un artículo de María Teresa León en *El Mono Azul* (Nº 36) [diario]. (14/10/1937). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 6 de abril de 2021 [link].

# GATO POR LIEBRE

Grandes discusiones se levantan siempre que la cuestión teatro se plantea. Como es un arte público, pública ha de ser su crítica y su alabanza. Claro es que la mayor parte de las veces hay un punto de vista distinto entre la intención del director y montador de la obra y la del espectador. Cuando entre ellos se consigue este difícil equilibrio, se suele decir: ese teatro tiene "su" público. No es posible que todas las sensibilidades respondan al mismo halago, y mucho menos cuando estas obras no halagan la fácil sensiblería, la emoción cómoda, o recuerdan restos de teatro visto anteriormente y que quedan en la memoria. Indudablemente que se habla a la ligera y sin responsabilidad cuando se quiere dar sólo al público la razón en este juicio. Hay muchos factores jugando en tan difícilísimo problema. La verdad es esta: el público tiene razón relativa, pues su claro juicio está condicionado por las circunstancias históricas que vive en la calle, por su grado de cultura, por la moda, etc. Al teatro van los avisados y los ingenuos; los primeros todo lo reciben con reservas; si son mayor número, pueden llegar a producir la frialdad colectiva, aunque se esté representando una obra maestra del Teatro universal.

¿Es que "El gran teatro del Mundo", de Calderón, puede discutirse? Pues yo he visto levantarse el telón con diez personas en el patio de butacas. ¿Puede la taquilla responder por sí sola de la bondad y belleza de su espectáculo? No, terminantemente no. Más aún: casi nunca la obra literaria tiene en vida de su autor el gran prestigio que alcanza luego en el tiempo. ¿Por qué este fenómeno? Pues porque todo autor de teatro dice cosas más allá de su momento vivido, más avanzadas, más originales, insospechadas para los que no ocupan sus horas en este pensar constante, que es el único oficio del escritor. El choque de dos mundos: el clásico y el romántico, produce la convulsión teatral del estreno del "Hernani", de Victor Hugo. Se rien de Beethoven, se critica a Wágner, y en el estreno

de "La consagración de la Primavera", Stravinski recibe la gran silba. Y así innumerables casos; por ejemplo, y para los que gustan de las cosas de casa, podemos recordarles que Zorrilla no se hizo rico con el "Tenorio", cosa que, en cambio, sucedió a tantos empresarios más tarde. En fin, que la taquilla puede darnos un solo indicio: el grado de cultura o de excitación sexual de un público. Y aun hay más. Si la taquilla acusa un estado de corrupción o desmoralización de las costumbres, son los hombres colocados al frente de las responsabilidades teatrales los que deben guiarse por ella para remediarlo. Cuando se pretende utilizar el teatro como vehículo de propaganda y de cultura hay que tener esto muy en cuenta. Es un pretexto demasiado cómodo el achacar el estado actual de nuestros escenarios al mal gusto del público; no, camaradas del teatro: esto es una subestimación del gran momento que vivimos y de los hombres que lo viven. Claro es que si el público ve ante sí abiertos varios espectáculos, y todos o casi todos inaseables para un instante revolucionario, llenará estos locales, porque el hombre lucha, sufre y trabaja para el agradable descanso de unas horas. Si hemos conseguido un Ejército, podemos conseguir algo nuestro más fácil, como es un teatro. El teatro es el arte colectivo por excelencia. Actores, maquinistas, electricistas, etc., forman con el pintor, el autor y el músico un conjunto armónico. El director no es más que el punto central de una agrupación. ¿Para qué sirve un teatro? Pues para educar, propagar, adiestrar, distraer, convencer, animar, llevar al espíritu de los hombres ideas nuevas, sentidos diversos de la vida, hacer a los hombres mejores. Para ello el teatro ha de seguir vivo con la vida de su tiempo, buscar afinidades con el teatro antiguo, y para cumplir con nuestro deber estrictamente revolucionario deberíamos evitar que pasasen gato por liebre, llamando teatro a la basura inmunda, equivocando a los camaradas de buena fe. ¿Qué pensaríamos de un miliciano de cultura encargado en nuestro Ejército de enseñar a leer a nuestros campesinos, si los enseñase las letras equivocadas? Diríamos que era un saboteador. Más de los deseables hay repartidos por el mundo teatral. Muchos porque no han comprendido nada de lo que sucede; otros porque agardan no sabemos qué inconfesables soluciones de la guerra; los más porque han creído que la revolución es un asunto de bolsillo. Seríamente enfocado el problema de la técnica, del arte y del uso del teatro en favor de nuestra causa, tenemos que declarar que el abuso ronda con demasiada frecuencia los límites donde la paciencia ciudadana se termina. Vuelvo a repetir: el público recibe lo bueno que le dan y lo malo; lo que no puede admitir sin sublevarse es que se empeñen en darle mal cobre por oro teatral. Luego de esto puede también no ir al teatro, en uso de su perfecto derecho de espectador.

MARIA TERESA LEÓN



María Teresa León, directora del teatro de Arte y Propaganda



### Anexo III: fotografías de la labor cultural de María Teresa León

**[i] Figura 5.** Imagen de María Teresa León en el II Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura [fotografía]. (Barcelona, 11/07/1937). Arxiu Nacional de Catalunya. Recuperado el 31 de marzo de 2021 [\[link\]](#).



**[ii] Figura 6.** Imagen de la Propaganda Cultural de la Junta Central del Tesoro Artístico [texto impreso]. (Valencia, 1937). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 31 de marzo de 2021 [\[link\]](#).



*Muestras de algunos de los numerosos carteles pintados por los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Madrid.*

**[iii] Figura 7.** Imagen de María Teresa León (a la izquierda) en la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas [fotografía]. (s.f.). Biblioteca Digital Hispánica. Recuperado el 31 de marzo de 2021 [\[link\]](#).

